

LAS TECTITAS Y LA CIENCIA

EDUARDO GARCÍA JACOME

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 115, Volumen 35
1981*

*Ultimamente en reuniones científicas se ha planteado nuevamente el origen de estas bolas o meoritos vidriosos encontrados en las hoyas de los ríos Cauca y Patía. Algunos autores sostienen que son productos cósmicos llamados tectitas, otros manifiestan que son vidrios de este planeta tierra, es decir, obsidianas. Por este motivo, me permito presentar en esta edición un artículo de los científicos Richard J. H. Touché y John Carlova. En el próximo Boletín, vendrá un segundo informe "Tectitas de Colombia" por TH. Doring y Siutzer.
Eduardo Garcia Jácome - Director de Publicaciones*

Las Precisiones oficiales sobre los conocimientos científicos a las tectitas se efectuaron en 1963, con ocasión del septuagésimo cumpleaños del profesor Harold C. Urey. El gran sabio descubridor del agua pesada -es premio Nóbel- se interesa todos los enigmas. Tal es la razón de que la obra colectiva que le fue dedicada para su jubileo incluyera de modo especial todo un capítulo, de una veintena de páginas, sobre las tecticas. Esta obra se titula Isotopic and Cosmic Chemistry ("Química isotópica y cósmica"). Sus autores son H. Craig (Universidad de California), S. L. Miller (Universidad de California) y C. J. Wasserburg (Instituto Californiano de Tecnología). Por otro lado hay un resumen detallado de los trabajos más recientes en otra obra colectiva, Potassium Argon dating ("La data por el potasio y el argón"), cuyos textos han sido reunidos por O. A. Shaeffer y J. Zahringer.

Resumamos estos diferentes datos científicos.

Se encuentran en cuatro regiones de la Tierra -Checoslovaquia, Estados Unidos (especialmente en Texas y Georgia), una parte del Pacífico y de Asia, (Australia, Sudeste asiático, las Filipinas) y la Costa de Marfil- unas bolas de vidrio con diámetros que van del

medio centímetro a los diez centímetros. Los Campos de tectitas tienen un diámetro mínimo de 200 kilómetros y uno de ellos abarca la totalidad de Australia. La edad de estas bolas de vidrio determinada por el procedimiento de data antes mencionado, varía en general entre los 680.000 y los 750.000 años, con algunos ejemplares que parecen, en cambio, remontarse a varios millones de años y otros solamente a 500.000. Hay dos hipótesis para explicar el origen de estas tectitas. Si vienen de afuera, ¿de dónde vienen? Muchos hombres de ciencia creen que fueron lanzadas por los volcanes lunares y vinieron a parar a la Tierra. Otros sostienen que no hay volcanes lunares y que las tectitas provienen, bien de asteroides, bien inclusive de regiones del espacio más allá del sistema solar. Han podido adquirir su forma durante su caída a través de la atmósfera. Otros más señalan que las tectitas han debido girar varias veces alrededor del planeta antes de llegar a nuestro suelo.

Ninguna de estas hipótesis es, sin embargo, satisfactoria porque, si la tectitas proceden del exterior ¿por qué sólo han caído en determinados sitios y por qué ya no caen más? Pero, si se han formado en la Tierra, ¿qué cataclismo pudo producirlas? Tuvo que ser de una energía poderosísima, comparable a la de una bomba de hidrógeno. En efecto, en los lugares donde se ha provocado la explosión de bombas atómicas cerca del suelo, se han encontrado tectitas bastante parecidas a las "naturales". ¿Pero quién pudo dedicarse a explosiones atómicas hace centenas de miles de años, si no de millones? Por el momento, el misterio es completo.

Entretanto, conviene precisar que las datas más recientes logradas por diversos métodos concordantes, atribuyen a las tectitas una edad de un millón trescientos mil años. Esto parece excluir de su formación toda intervención humana, por lo menos en la perspectiva actual de la humanidad.

TAMBIEN LA "PIEDRA DE FUEGO" ERA CONSIDERADA UNA LEYENDA (Claude Valin)

La antigua Troya no es un ejemplo único. Otros hechos han sido tenidos igualmente por leyendas, hasta el día en que fueron científicamente demostrados. Así ocurrió con las tectitas, esos trozos de vidrio de origen desconocido que se encuentran en los desiertos. Las tradiciones orientales hablaban de "piedras de fuego", de "piedras de luna". Eran las joyas de supremas de los tesoros de reyes y maharajaes. Los atribuían virtudes fabulosas. La ciencia no veía en ellas más que fábulas. Hasta que un sabio recogió un día una de esas piedras, la analizó, reconoció su origen extraterrestre y la bautizó tectita. La "piedra de fuego" entró en el patrimonio de la civilización científica. Plantea todavía muchos interrogantes. En la época en que las tectitas no eran aún más que una leyenda, a comienzos de este siglo, un hombre, Touché Skadding, que había oído hablar de su fabulosa rareza, decidió partir a la busca de ellas por lo menos. Consagró su vida a esta obsesión emprendiendo una larga búsqueda por todos los continentes. Acaba de publicar en Estados Unidos el relato vivo de sus aventuras: Fire Pearl (Ballantine Books, Nueva York).

UN ORIGEN EXTRATERRESTRE CIENTIFICAMENTE PROBADO

La tarde ecuatorial se ha extendido sobre la miseria del puerto. En un ambiente de estufa, cuatro o cinco malayos yacen dormidos a la sombra de un bananero. En la galería de una vieja construcción de paredes roídas por la humedad, unas mujeres acurrucadas charlan entre ellas, mientras cuidan perezosamente de una mescolanza de chiquillos y flacas aves de corral. En una habitación desnuda del interior, decorada con enmohecidos versículos del Corán, un sultán auténtico, enfundado en una sarong harapiendo, recibe a los visitantes. Las mujeres parleras son sus mujeres, los chiquillos desnudos son sus hijos, los pollos y la galería desvencijada son la única herencia de una dinastía que fue antaño fabulosamente poderosa. Sobre el mantel ajado, unos dulces aromatizados y unas bebidas heladas hablan en favor de una hospitalidad cuyo esplendor no ha sido totalmente barrido por la mala suerte.

Entre el europeo y el príncipe oriental se entabla una conversación digna de un cuento de Las mil y una noches.

-¿Ha visto alguna vez una piedra de fuego? - pregunta el extranjero.

-Nó, pero me gustaría tener la buena fortuna de poseer una y gobernar un imperio que se extendiera del golfo de Sias a Balí.

Ante la sorpresa de su interlocutor, un destello irónico anima los oscuros ojos del narrador.

-No se trata de una humorada -dice-Lo que usted acaba de llamar piedra de fuego es algo conocido en toda la Malasia. Es la Kumbalagoni, la piedra preciosa sagrada, que estuvo ligada durante miles de años al destino de mi país y sobre la que circulan muchas leyendas. Lo comprenderá mejor cuando conozca mi historia. Hace diecisiete siglos, uno de mis antepasados entró en posesión de una de esas piedras a las que se atribuyen virtudes mágicas. Su poder y su fortuna aumentaron inmediatamente y no tardó en reinar sobre un imperio, famoso bajo el nombre de imperio de Sirivijaya, que abarcaba Malaca, Java y las islas del contorno. Este imperio perteneció a mi familia durante casi un milenio. Luego, la piedra de fuego desapareció y el imperio quedó desintegrado. Más adelante, los ingleses, deseosos de no compartir con nadie el dominio de Singapur, despejaron a mis antepasados de sus privilegios e hicieron de mí el sultán pensionado que hoy tiene usted delante de sus ojos. En cuanto a la piedra, fue robada, perdida. .. nadie sabe. Por mi parte, creo que fue robada por un sultán rival. ¿No es inquietante el hecho de que, poco después, el sultán de Malaca llegara a la cumbre del poder? Era un hombre orgulloso y no tardó en anunciar que poseía la piedra de fuego, probablemente la misma de la que mi antepasado había sido desposeído. La historia tiene inclinación a repetirse. Un cortesano celoso le robó la piedra mágica y la vendió a don Alfonso de Alburquerque, el almirante portugués. Hace de esto unos cuatrocientos años. Alburquerque se adueñó de Malaca y extendió su influencia sobre toda esta parte del mundo. La piedra le procuró el poder, como iba a procurárselo mucho después a sir Stanford Raffles, el fundador inglés de

Singapur, el hombre cuya carrera entró en brusca declinación cuando la perdió. Sé perfectamente que a un occidental costará mucho admitirlo pero creo que si mis antepasados no se hubieran dejado despojar de esa piedra, yo sería hoy el jefe de un estado poderoso. Y esto lo creo de verdad.

UNA EUROASIÁTICA OFRECE CIEN MIL DOLARES POR UNA DE TALES PIEDRAS

El sultán Ibrahim no era la única persona que lo creía.

Su visitante blanco -a pesar de su escepticismo- también lo creía, del mismo modo que otros muchos, hasta el punto de que, en aquellos años de la década del veinte, una euroasiática, que sentía pasión por las piedras preciosas, ofreció abiertamente Macao cien mil dólares por una e esas piedras que solo conocía de oídas.

De hecho, se hablaba mucho de ellas y se las veía poco. Designadas en los viejos anales chinos de los Tang, hace ya más de dos mil años, con el nombre de Huoh Chuch, aparecían también mencionadas con el nombre de Agni Magni en los documentos del antiguo Oriente. Los indúes las llamaban Saimantakmani -las piedras sagradas de Krishna- los monjes tibetanos las adoraban bajo la denominación de Shambala y todos los astrólogos orientales estaban de acuerdo en afirmar que se trataba de la "piedra de fuego", de "lagrimas de la luna en fusión" que habían atravesado el espacio para llegar hasta nosotros.

Míticas durante largo tiempo, las piedras de Krishna están hoy reconocidas, han recibido el nuevo nombre de tectitas y tienen probado científicamente su origen extraterrestre. El doctor Harvey Wininger, director de la American Meteorite Association, atribuye su origen a una lluvia de fragmentos de luna producida por la caída de un bólido, y el Smithsonian Institution Astrophysical Observatory, en un largo informe publicado en 1957, hace saber que "el análisis químico permite suponer que las tectitas provienen de una fuente extraterrestre, que podría ser la Luna; observaciones astronómicas confrontadas con la distribución de las tectitas en la superficie terrestre suponen un apoyo para esta tesis". Un análisis a fondo ha puesto de manifiesto que estas piedras de un negro opaco contienen partículas de oro, plata, cobre y plomo. El origen de su reputación mágica cabe buscarlo en la influencia que pueden tener en el comportamiento de los hombres y en la radiactividad que encierran, manifestada en destellos verdes que irradian en forma ocasional de su superficie. Desde hace años se las busca y se las encuentra en Indonesia, Texas, Indochina, Filipinas y Checoslovaquia. Hace menos de medio siglo, un hombre, sostenido por su sola intuición, iba a consagrar años y sacrificar su carrera y su matrimonio a la obtención, a costa de muchas aventuras, de un primer ejemplar de esta Piedra mágica.

